

ADICIÓN A LAS FUENTES DE EL
CONDENADO POR DESCONFIADO

CUANDO en octubre de 1902 publiqué un trabajo sobre las fuentes del *Condenado por desconfiado*, no conocía variantes modernas populares del cuento de la comparación de méritos que sirve de base a ese drama religioso.

He aquí ahora una, publicada en el *Calendario* de la revista catalana *Lo Gay saber* (1):

Y veuse aquí que n'era un hermitá que feya aspra penitencia.

Un dia va arribar a sas orellas una nova que'l posá en desig de eixir de sa soletat.

(1) *Calendari catalá del any 1869*, pág. 22; sin firma, y por tanto redactado por Francisco Pelay Briz, que figura como autor del *Calendario*. Se copia, sin decir su procedencia, en *Cuentos vells y baralles noves recullits d'asi y d'allá*, per Joseph F. Sanmartín y Aguirre, Valencia, 1876, pág. 38.

Fou eixa nova que, en un poblet llunyadà, hi havia un altre home tan virtuós, com que la gent per l'home mes sant del món lo tenia.

L'hermità s'en anà al poble del hom aqueix, pus ell trobava estrany que altre en la terra fes mes santa vida de la que'll feya.

Arriba al poble. Truca á la casa del que le diuen ser l'home aquell. Era un ferrer.

Conversan, se fan amichs, l'hermità se queda a casa'l ferrer.

Maravella y no xica fou la del hermità al veure que aquell home tan virtuós y sant feya una vida tan regalada, y mes encara quan sabé que fins poch ab los preceptes de la esglesia complia. Quasi li'n agafá escrípol de ser á casa d'ell.

Lo ferrer reya, jujava, fins feya brometas y festas a las noyas del vehinat.

Arribá l' hora de sopar.

La taula abundosa, lo servey complert. Una criada va repostejar al ferrer y, llavors fou l'escandol del hermità, aquelle plé de rabia etjegá una mala paraula.

Creus se feya l'hermità, y no poch rumiava sobre'l dir de la gent.

Fineix de sopar. Lo ferrer pren un fanalet y surt de sa casa.

L'hermità d'amagat lo segueix. ¿Qué farà?

Lo ferrer entra dins d'una bauma, y l'hermità darrera.

A la claror del fanal aquest véu a un home vell estés a terra, que ab las llágrimas als ulls pren un cistell plé de viandas que'l forrer li allarga.

Aquest se gira llavors y al veure al hermità:

—Germá, li diu ¿per qué m'haveu seguit?

—Jo'us diré, li respon l'hermità. Jo feya vida santa en un desert; un jorn va arribar a mas orelles una nova que'em posá en desig de eixir de ma soletat. Fou eixa nova que, en un poblet llunyadà, hi havia un altre home tan virtuós, com que la gent per l'home mes sant del món lo tenia. Jo he anat al poble del home aquest, pus estrany trobava que altre en la terra fes mes santa vida de la que jo feya. He arribat al poble. He trucat a la casa del home aquell. Erau vos. Vos he conegut y, dit sia clar y net, res en vostre modo de viure he trobat que sia dig-ne de tanta llohansa.

Lo ferrer respon:

—T'han enganyat, bon hermità. Jo na faig vida santa. Jo passo'l dia com veus, com los altres, y als vespres vinch a donar menjar a n'aquest pobre home que fa molts anys mantinch amagat de la gent.

—¿Qui es aquest home?

—Un que está condempnat a mort.

—¿Quin crim ha comés?

—Fa quinze anys que va matá'l meu pare.

L'hermità llavors caigué á sos péus tot exclamant:

—Tu ets lo sant home que diuen, y jo no só mes que un vanidós penident.

Esta narración está radicalmente estropeada con una grosera falta de lógica. Si el herrero hace vida vulgar como cualquier otro y su única virtud es oculta, ¿por qué la fama le alaba, y la gente le tiene por el hombre más santo del mundo?

El sentido íntimo del cuento está oscurecido y

sólo se comprende bien comparándolo con los demás relatos tradicionales a cuya familia pertenece. Todos los cuentos hermanos están conformes en suponer que el ermitaño ora para obtener una revelación sobre quién será su compañero en el paraíso (o en versiones posteriores: a qué persona es semejante en méritos); Dios le revela que esa persona es un hombre de fama despreciable. En el cuento catalán la revelación divina se sustituye absurdamente con la fama humana que señala a un herrero como la persona más santa del mundo; y no se sabe por qué, pues ese herrero manifiestamente es un hombre vulgar que lleva vida regalada y apenas cumple con los deberes religiosos.

Fuera de esto, además, el herrero no tiene en sí nada de despreciable, ni menos de criminal, ofreciendo así un contraste flojo con el ermitaño, mientras este contraste es más vivo en las versiones viejas, donde el ermitaño se ve comparado a un hombre a quien todos reputan por malo, o que en realidad lleva vida criminal.

Sospechando que estos defectos de la versión catalana fuesen, no tradicionales, sino debidos a un mal recitador o un inhábil redactor, procuré bus-

car la tradición en otro punto (1), en Valencia; acudí a D. Roque Chabás, tan profundo conocedor de aquella tierra, y el resultado ha sido satisfactorio; la versión valenciana es una restitución de la catalana a su forma original. Según me comunica el Sr. Chabás, el cuento es en Valencia bastante común. El herrero se convierte allí en carnicero; carnicero es también en las variantes más viejas. Es además un malhablado; pormenor diluido por el cuento catalán en las bromitas que el herrero gasta con las mozas de la vecidad y en la mala palabra que dirige a su criada. En fin, el ermitaño lo busca en virtud de una revelación; como en todas las demás versiones, y no por la fama pública, que le reputa hombre mundano.

Deseando yo conocer por extenso esta versión valenciana inédita, obtuve de nuevo, gracias a la bondad del Sr. Chabás, la siguiente, que, con la frescura, desenfado y rapidez del tono popular, se

(1) En Cataluña fué inútil mi pesquisa; don Rosendo Serra y Pagés, docto y entusiasta cultivador del folk-lore de aquella región, preguntado por mí sobre el cuento del *Calendari català*, me responde: «no conozco otra versión, ni sé de nadie que lo sepa, a pesar de haberlo preguntado mucho y con verdadero interés.»

ha servido redactar para mí el distinguido escritor D. José María Puig y Torralba.

El hermitá y el carnicer.

Pos senyor: diu qu'era un sant hermitá que en una aspra montanya tenia una cova ahon fea de nit y de día dura penitencia pera guanyarse el cel. Un día se li presenta Nostre Senyor y ell li diu: «Senyor ¿haurá algú en este món que vos done més gust que yo? Vos ho dich pera que'm digau qui es y yo puga dependre d'ell á fer més de lo que sé pera complaurevos». — «Si qui ni ha u», li respongué el Senyor. — «Digaume qui es», afegí el penitent. — «El carnicer de tal poblet», contestá Nostre Senyor, y desaparagué. Tot seguit el bon hermitá agafá el gayato y mamprengué el camí, camina que caminarás.

Al cap de uns dies entra en el poblet y se dirigi a casa el carnicer a qui l'hermitá consideraua con un gran sant, y quedá escandalisat de oirli els uocables que soltaua per la seua boca despajant a les dones. — «Tu pusa de focle», li día a una «ja estás así de sobra». — «Repunyecla», li día a un atra «¿no estás contenta?» — «Ves y ticat la... clavellinera» li retrucaua a una tercera, y aixina continuá casi tot el matí. El pobre hermitá se quedá atonit ouint aixó y se día pera ell: — «Senyor ¿m'hauré equivocat? ¿Cóm es posible que esta llengua d'astral vos puga alabar y complaure més que yo?»

Al remat el carnicer despajá al ultim parroquiá y se posá a guardar els atifells del seu ofici; mes reparant en el hermitá y dolsificant el tó, li preguntá si volia alguna

cosa. — «Fervos una pregunta», li contesta el penitent. — «Podeu férmela», retruca el carnicer.

— «Yo soch un pobre hermitá que pasa el temps dins de una cova en continua oració y penitencia, pera guanyar la gloria eterna. Un día se-m aparegué Nostre Senyor y yo li preguí que-m diguera si havia un atre home en lo món que-l complaguera més que yo, y que si-l havia que-m ho diguera per poder dependre yo d'ell a fer més merits devant sos ulls divins, y el Senyor me va respondre que sí, y que eixe home sou vos; així es, que vos demane humilment y de tot cor que-m digau que es lo que feu que tan agradós li sou a Deu».

Les paraules del hermitá sorprengueren al carnicer, mes este fentlo pujar dalt la cambra obrigué una porta y li enenyá, dins de un aseat quartet, un vell en tota la barba blanca asentat en una cadira. Demprés dirigintse al hermitá li digué: — «Este home matá á mon pare, y fugint de la justicia se ficá en ma casa, yo l'amaguí así, y de ensá yo el mantinch, yo el vist, yo el llave, y yo en fi fas en all lo que faria por mon pare».

El hermitá se quedá atónit de lo que ouía y encarantse en lo carnicer le digué: — «Aném, germá, si que feu més de lo que yo fas! Verdaderament als ulls de Deu es més meritoria la vostra obra que la meua».

Posteriormente he podido comprobar que el cuento del *Ermitaño y el Carnicero* está bastante arraigado en la tradición castellana. En 1905, un viejecito pordiosero de Burgondo (Ávila) me lo refirió con estas curiosas variantes:

Érase el tiempo en que el Señor andaba pidiendo por la tierra, y San Pedro siempre se tenía por el mejor amigo suyo. —«Señor Maestro —díjole un día—; ¿habrá en el mundo alguno que le quiera a usted más que yo?» —«Si hay, Pedro». —«Maestro, el creerlo se me hace duro, y perdóneme que quisiera verlo para creerlo». —«Si quieres ver a quien me quiere más que tú, vete mañana al pueblo Tal, y a la entrada verás un hombre rodeado de muchas mujeres; acércate a él y pídele limosna, porque ese es el que deseas ver».

Anda que te anda, más que de prisa, llegó San Pedro al pueblo, y al entrar vió arremolinarse muchas mujeres en una tienda; era la carnicería. El carnicero estaba despachándolas, y como San Pedro se adelantó a pedirle una limosna, el carnicero, sin mirarle, le despidió con mal humor y con peores palabras. No será éste, pensó San Pedro, el que me decía el Maestro; pero mirando toda la entrada del pueblo, no vió más mujeres que allí. Y ¡Dios mío! ¡cómo las trataba el carnicero al despacharlas!, a la que menos la llamaba de tía zorra para abajo; ¡qué boca más escandalosa!

Cuando remató de vender, San Pedro le pidió otra vez limosna. —«Vente conmigo a casa» —le dijo el carnicero, y le llevó del brazo. —«Mujer, aquí te traigo un pobre a almorzar». —«Sea enhorabuena» —dijo ella; y les puso la comida. San Pedro no quería arrimarse a la mesa; pero el carnicero, echando ajos y pésetes, le hizo sentarse, porque en su casa había que hacer lo que él mandase. Ya que almorzaron, el carnicero le dijo a San Pedro: «Con usted, buen hombre, no tengo que guardar secreto»; y entró en un cuarto donde había un viejo de Dios sabe cuántos años; lo lavó, lo aseó, le mudó la ropa, y sentán-

dolo en sus rodillas le daba de comer. Será su padre, pensaba San Pedro; y viendo su cara de curiosidad le dijo el carnicero: Este hombre mató a mi padre y le buscaban para ajusticiarlo, pero yo me lo traje a casa para tenerlo en lugar del padre a quien ya no podía recobrar. San Pedro, aturdido con todo lo que había visto, se despidió, cogió la limosna y se volvió a Jesús. —«Señor, he visto a un hombre muy malo y muy bueno». Pero Jesús le respondió: «No la lengua; el corazón del hombre es lo que mira Dios». Y pesando en lo que había de pasar con Malco, le dijo: «Tú, Pedro, si vieras que otro me mataba le acuchillarías; ese carnicero me sirve mejor».

Este cuento del *Ermitaño y el Carnicero* concuerda en lo esencial con los más próximos al relato indio, de donde todos arrancan; apenas se aparta, si no en su desenlace. La virtud oculta que tiene el hombre despreciable, con la que ante los ojos de Dios compensa todas las penitencias del ermitaño es, en las versiones primitivas del cuento, el amor filial; el ermitaño que abandona a sus padres por hacer vida ascética aprende que el buen hijo tiene tanto mérito como él. Pero esta comparación molestó en lo más hondo del alma a los monjes cristianos, y la desecharon por completo al repetir el cuento, sustituyendo la virtud filial por otra cualquiera: el desprecio de sí mismo, la concordia familiar, la limosna, la castidad, etc. Sólo las versiones

orientales, árabe y hebrea, mantienen la forma primitiva, y con ellas se relaciona íntimamente el cuento moderno arriba copiado; según las versiones orientales, el carnicero, después de despachar a su parroquia, entra en casa y lava, viste y da de comer a su anciano padre, haciendo otro tanto con su madre. Este amor filial tiene algo de delicado que pareció soso, y la imaginación moderna dió un quiebro: el carnicero lava, viste y alimenta a un anciano; le trata con todo el cariño de un buen hijo, pero aquel anciano no es su padre, sino el que mató a su padre. Puede notarse también que nuestro cuento español, en su versión valenciana, presenta al anciano en un aseado cuarto y sentado en una silla (no tirado en una cueva, como hace la catalana); los cuentos orientales hacen resaltar igualmente el esmero y limpieza con que el hijo mantiene a sus padres en hermosas sillas o en cómodos lechos.

Otro pormenor viene a confirmar el carácter primitivo del cuento español moderno. En el cuento indio el buen hijo es un cazador, a quien el ermitaño halla en el matadero vendiendo carne de búfalo; esta escena hizo que las versiones árabe y hebreas le trocasen por un carnicero, oficio primi-

tivo que se olvidó de todas las versiones cristianas para sustituirlo por el de curtidor, mercader, alcalde, ladrón, etc. Ahora bien, como ninguna versión cristiana, aun las más antiguas, recuerdan ni el carnicero ni su amor filial, y ambos pormenores se revelan en el cuento moderno que ahora publico, es seguro que éste no se deriva de fuente cristiana, sino de la árabe o hebrea, que afortunadamente se conservan redactadas en castellano por los moriscos y los judíos españoles; la morisca publicada por F. Guillén Robles, *Leyendas moriscas sacadas de varios manuscritos*, tomo 1, Madrid, 1885, página 315; la judeo-española por M. Grünbaum, *Jüdisch-spanische Chrestomathie*, Frankfurt a. M., 1896, pág. 92. El cuento español moderno entronca, pues, muy cerca de la raíz en el árbol tradicional que tantos renuevos ha echado.

Acabo de decir que ninguna versión cristiana recuerda el amor filial; pero forma una excepción *El Condenado por desconfiado*. Era extraño que este drama apareciese sólo entre las versiones occidentales con la escena del hijo que cuida y sirve de comer a su anciano padre; y el cuento de *El Ermitaño y el Carnicer* aparece ahora como un anillo de unión entre la versión árabe-judía y el

drama español. Antes me era natural suponer que el autor de *El Condenado* había escrito su escena de amor filial inspirándose acaso en la leyenda morisca; cosa un poco violenta. Ahora podemos suponer que la misma escena se debe hallar en una versión tradicional española del *carnicero que cuida a su padre*, la cual, naturalmente, tiene que existir o haber existido, enteramente igual a la judío-morisca, antes de haberse transformado en la variante moderna del *carnicero que cuida al matador de su padre*.

Esperemos que cualquier día se descubra esa forma primitiva del cuento español, en la cual, mas naturalmente que en la leyenda morisca, debió inspirarse el autor de *El Condenado por desconfiado*.

Y aun es más; acaso puede esperarse que aparezca en la tradición de hoy alguna variante que reuna ya en sí, como el drama de Tirso, la leyenda de la comparación de méritos con la del bandolero salvado. Mi difunto amigo D. Rafael García Plata, interrogado por mí en 1905, recogió, de boca de Petra Carvajal, de treinta y cinco años, vecina de Alcuéscar (Cáceres), un cuento que la narradora titulaba *El solitario condenado*.

Este era un solitario que vivía en lo más áspero de un monte, la barba hasta la cintura y vestido de pieles. Todas las tardes, al ponerse el sol, cuando las zorras guarrean y los lobos aúllan, el solitario se disciplinaba las espaldas y se quejaba como alma en pena; los campesinos se metían en sus casas, asustados, creyendo que cada quejido salía de la boca de un demonio, arrojado a disciplinazos del cuerpo del santo varón... Pregunta al Señor si en el mundo hay alguien que haga mejor penitencia que él, y una voz le dice que sí hay, y que es María la Viuda, que vive en la ciudad... Va allá y pregunta a un clérigo dónde vive la Viuda. Ésta le recibe conmovida: «Soy una pobre pecadora, mi casa es la del pecado y Dios no querrá que tengas esta posada, pues hay en la ciudad palacios donde estés con más honor...» El religioso se entristece al ver lujo en la casa, pinturas de mujeres descotadas y de caballeros y damas, sin ninguna de santos; en la despensa, mucho vino y jamones. La Viuda dice al solitario: «Con vos, que sois tan bueno, no debo guardar mi secreto, pues no me descubriéis. Voy a dar de comer a un pobre que padece persecución por la justicia. Hace veinte años que lo escondo en mi casa y es el matador de mi único hijo...» «En verdad, mujer, que tu sacrificio es más que humano; yo no hice nunca tanto como tú».

A pesar de este final, con la resignación humilde del solitario, conforme con la tradición literaria conocida, las varias personas que en Alcuéscar sabían este cuento decían que su argumento era

cómo «un solitario se condenó por tener el orgullo de creerse el más santo de todos los hombres»; algunas recordaban que había otra versión de *El ermitaño y el bandolero*; una mujer de Miajadas había oído «el cuento de un ermitaño y de su hermano, que era bandolero.» Estos vagos informes nos indican que en la imaginación popular hay algo de la fusión de los dos temas que vemos en el drama de Tirso. Si se trata de una fusión real o de una mera confusión, y si la fusión es antigua o moderna, son cosas que sólo un estudio hondo y extenso de la tradición podría decidir.

SOBRE LOS ORÍGENES DE
EL CONVIDADO DE PIEDRA

ESTE artículo fué primeramente publicado en la revista *Cultura Española*, Madrid, mayo, 1906. Incorporo ahora en él los complementos que publiqué en la misma revista, en febrero y en agosto de igual año 1906.

Lo que se sabe acerca de las fuentes de *El Burlador de Sevilla* y *Convidado de Piedra* se halla reunido en los trabajos del insigne hispanista A. Farinelli, titulados *Don Giovanni* (1) y *Cuatro palabras sobre Don Juan* (2), y en el de J. Bolte, *Ueber den Ursprung der Don Juan-Sage* (3), avalorado por la sin igual erudición que en puntos

(1) En el *Giornale storico della letteratura italiana*, vol. XXVII, 1896, páginas 1-77 y 254-326.

(2) En el *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, 1899, I, 205.

(3) En la *Zeitschrift für vergleichende Litteraturgeschichte*, herausg. v. doctor Max Koch, neue Folge, Band XIII, Berlín, 1899, págs. 374-398.—Después, V. Said Armesto repitió el asunto en un libro, *La leyenda de Don Juan*, Madrid, 1908. Del primer pliego de este libro forma parte integrante la portada, que lleva la fecha 1908, lo cual no se aviene con lo que el autor dice en sus páginas 300, 190 n. y 15 n.; comp. 33 n.—*La legende de Don Juan* de G. G. de Bévotte, Paris 1906, es de segunda mano en cuanto a los orígenes legendarios del drama.

de literatura comparada despliega en todos sus escritos este autor.

El final dramático de la leyenda de Don Juan, el convite hecho a un difunto, es tema abundante en el folk-lore.

La forma corriente que reviste es la del convite hecho a una calavera por un burlón que la encuentra rodando en el suelo. El desenlace es muy diverso. En cuentos daneses y alemanes el difunto lleva a su escarnecedor convidado al otro mundo, y al cabo de dos o tres siglos lo vuelve a la tierra. En cuentos bretones y franceses, el protagonista paga con la vida la burla hecha a la calavera. Según un cuento picardo, el vivo, al asistir al convite del muerto, se halla en un subterráneo en medio de una reunión de alegres fantasmas, donde se banquetea y se baila, hasta el canto del gallo. En cuentos gascones y portugueses el vivo asiste al convite del muerto; pero se libra de él por consejos o por vestiduras que le da el sacerdote, o por reliquias que lleva sobre sí, y escapa sólo con una amonestación. En un cuento tirolés y otro islandés, la mujer o la novia del que escarnece la ca-

lavera es quien libra al temerario de la venganza del difunto.

Una variante de esta historia, pero ya desenhuelta y dramatizada, apareció repetidas veces en los escenarios de los colegios de jesuitas alemanes en los siglos xvii y xviii, desde que por primera vez fué representada por los colegiales de Ingolstadt, en otoño de 1615, es decir, quince años antes que apareciese la primera edición conocida de *El Burlador*. He aquí su argumento: Un conde Leoncio, pervertido por las doctrinas de Maquiavelo y que no cree en la vida eterna, al pasar por un cementerio halla una calavera; por burla le da un puntapié, diciéndole: si después de la muerte aun^{me} entiendes, vente a mi cena con los demás convidados. Al sentarse Leoncio a cenar alegremente con sus amigos, se presenta a las puertas un monstruo huesudo, que rechazado en vano, se sienta a la mesa, asegurando ser convidado también. Entre el espanto de todos, el esqueleto dice que es el abuelo del conde Leoncio que viene a mostrar a su nieto la inmortalidad del alma, y se lo lleva consigo depedazado.

Esta versión es casi seguramente de origen italiano. Modernamente se imprime en Florencia,

Milán, etc., un pliego de cordel en verso con el título *Leonzio, ovvero la terribile vendetta di un morto*, u otro por el estilo; y las variantes de esta poesía popular parecen indicar que no procede del drama jesuítico: no figura como corruptor Maquiavelo, tan combatido por los jesuítas; el pecado que más se hace resaltar en Leoncio no es la incredulidad, sino el desprecio de los sacerdotes y mendigos, a los cuales maltrata el protagonista, mientras se entretiene en criar ratas cebonas; cuando el muerto, que es tío de Leoncio, se aparece en su palacio y le lleva a los infiernos, toda su hacienda es comida de las ratas; en fin, la moraleja es:

Fratelli, amate i poveri con desio,
fate la carità, temete Iddio.

Análoga historia de Leoncio se ha recogido de la tradición oral, entre los cantos populares de Sicilia, de Ferrara, de Rovigno, y en un cuento en prosa de Venecia (aunque en éste se perdió el nombre del héroe).

De la antigüedad de esta tradición italiana parece que nos asegura el jesuíta alemán Paul Zehentner, pues recordando el asunto del drama de los

colegiales de Ingolstadt, dice en 1643: «audio italico rem idiomate conscriptam esse»; palabras que sin duda se refieren a alguna forma de la tradición hoy tan difundida, y vienen a ser como una declaración de fuente italiana respecto del drama jesuítico alemán (1).

¿Y en qué relación se halla éste con *El Burlador*? Bolte nota que uno y otro drama desarrollaron el sencillo tema tradicional. El muerto que se venga de quien turba su reposo, fué, según los dos poetas, un instrumento de Dios, que arrastra al infierno al pecador cuando éste llena la medida de sus delitos. Ambos desarrollaron ampliamente la vida depravada del héroe y pusieron en íntima relación con él el muerto vengador: Leoncio convida, aunque sin saberlo, a su propio abuelo o tío, y Don Juan convida a la estatua del Comendador; que él mismo ha matado.

Bolte reconoce también las grandes diferencias que hay entre Leoncio y Don Juan. Aquél, ex-

(1) No creo aventurada esta interpretación de las palabras del P. Zehentner, aunque Bolte (*Zeit. für vergl. Litt.*, XIII, 379) las cita sólo de pasada. El asunto de Leoncio no figura entre los dramas jesuíticos españoles que reseña Gayangos en sus adiciones a la *Historia de la Literatura Española*, de Ticknor, II, 545.

traviado por las enseñanzas de Maquiavelo, llega al ateísmo, y al desprecio sistemático de toda ley moral; éste desprecia la otra vida sólo porque cree lejana la muerte, se mueve por insaciable sed de goce sensual y atropella bravío cuanto se le opone. Leoncio llega al colmo de su insolencia maltratando una calavera y negando atrevidamente la inmortalidad del alma; Don Juan, escarneciendo la estatua de un viejo muerto por él. En la pieza alemana el desenlace es más rápido: el muerto no convida a su vez al escarnecedor, sino que, al ir a casa de éste, lo arrebató consigo al infierno.

Cierto que estas diferencias pudieran ser efecto del distinto genio poético de los dos autores; y Bolte llega a decir que, si bien el poeta español revela mayor poder creador que el jesuíta de Ingolstadt, probablemente se inspiró también en una versión impresa de la leyenda de Leoncio (1).

(1) No da Bolte por muy seguro este su parecer, ya que, poco después de formularlo, termina así su estudio: «Am Schlusse dieser Betrachtungen müssen wir freilich bekennen, dass sie uns noch nicht zu einem festen, greifbaren Ergebnis über die vom spanischen Dichter benutzten Quellen geführt haben; allein die allgemeine Richtung, in der man diese suchen muss, ist vielleicht doch deutlicher als bisher hervorgetreten.»

Pero esta suposición no cuenta con que en España existe muy arraigada la tradición del convite al difunto. No sólo hay cuentos portugueses, sino también gallegos y castellanos, y no sólo hay cuentos, como en los demás países, sino romances.

Entre las muchas narraciones populares que cuentan convites a difuntos, recogidas en Dinamarca, Alemania, Francia o Portugal, y mencionadas por Farinelli y Bolte (1), se destaca un grupo homogéneo formado por las de Gascuña y Portugal, a las que se añaden otras, posteriormente halladas en Galicia y Castilla. Gascuña forma así con España un área legendaria de cierta unidad. Cualquiera de estas narraciones puede servir de muestra, por ejemplo, la portuguesa, que se refiere a Villanova de Gaya: Uno halla junto a la iglesia de Santa Marinha una calavera, y le da un puntapié, invitándola a cenar; el difunto convidado a la cena va, e invita a su vez para el día siguiente; el escarnecedor ora y se provee de reliquias antes de ir a la fúnebre cita; en el cementerio le espera una fosa abierta; pero el difunto le dice que le salvan las oraciones; no obstante, el

(1) *Giornale Storico*, XXVII, pág. 23, etc., y *Zeit. für vergl. Litterat.*, XIII, págs. 389-396.